naza á mi alma?, debe hacerle evitar con cuidado una caida tan funesta.

Inecsorable muerte, hacedme pues morir á todo: severo juicio, haced que yo me condene sin cesar. Infierno, terrible infierno, espantad mi seguridad. Amable paraiso, animad mi costancia; que la imágen de vuestras dulzuras me acompañe por todas partes: sed el objeto de todos los deseos de mi corazon; pero sobre todo, ¡oh amor sagrado! sentimiento puro y generoso, mas poderoso, mas fuerte que la muerte y que el mismo infierno; haceos el motivo de mi felicidad, con el fin de que seais un dia, mi herencia eterna.



## ARTÍCULO XCVII.

*La muerte sorprende á la mayor parte de de hombres.*

Estote parati; quia qua nescitis hora, Filius hominis venturus est.
Estad apercibidos, tambien vosotros: porque á la hora que menos penseis, ha de venir el Hijo del hombre.—Mat. c. 24.

¿Será necesario hacer presente á los mortales, que la muerte puede á cada instante sorprenderles? ¿qué su vida es un soplo, y una lijera sombra, que al momento que se percibe desparece? ¿que en fin la tierra entera no es sino un vasto sepulcro?

¿Todo lo que nos rodea, lo que nos ha precedido, y todo lo que nos sigue, no nos prueba bastante nuestra triste caducidad? Puestos en el universo como sobre un campo de batalla donde millares de moribundos espiran, bajo las zaetas que se lanzan al rededor de nosotros; nosotros mismos somos frecuentemente heridos, cubiertos de llagas y de sangre, y aun asi nos creemos inmorta-

les. En vano multitud de tristes enfermedades, como un fiel espejo nos advierten la desvastacion que el tiempo hace en nosotros; les vemos friamente, sin ver allí nuestra imágen, y desviamos pronto los ojos, para entregarnos á una esperanza frívola. ¿Cómo olvidamos un objeto tan presente y á la vez tan comun y espantoso?

Nosotros no vivimos sino con la muerte de mil criaturas. No estamos cubiertos sino del despojo de los muertos. Nuestros prójimos, nuestros amigos y parientes, caen á nuestro lado desapareciendo de nuestra vista; hoy somos espectadores; mañana en espectáculo lúgubre, suministramos á los demas los mismos motivos que nos hacen derramar lágrimas. De nuevo montones de moribundos y de muertos hieren aun nuestras miradas, sucediéndose los unos los otros, y gritándonos que la misma suerte nos espera. ¡Y estos tristes acentos nos encuentran siempre insensibles::::::!

¡Oh hombre! ¿cnál es tu locura, cuál es tu estraña seguridad? ¿qué esperanza te se-



duce, ó mas bien qué embriaguez te adormece sobre la pendiente del precipicio, sobre los bordes de este abismo al que sin cesar caminas? ¿Tan seguro estás de tu destino que asi lo dejas para el dia siguiente? La hora fatal se aprocsima, mientras que tu te empeñas en alejarla de tu pensamiento: la muerte es la única cosa cierta, y tu desearias aun poderla dudar. Y á pesar de esa multitud de correos que te envia para anunciarte su llegada, te sorprende y arrebata casi siempre sin encontrarte preparado, como un hombre en medio de un mar tempestuoso, donde ha caido, lucha contra las olas durante algun tiempo con la esperanza de escaparse al peligro, donde en fin es sumergido.

Gran Díos que teneis contados mis dias asi como mis cabellos, Vos que presidisteis á mi nacimiento, y que señalasteis entonces sobre mi frente el momento de mi partida á la eternidad; vos solo sabeis si yo estoy cerca de mi fin: solo Vos conoceis cual debe ser mi suerte: vuestra misericordia con

atentos cuidados me avisa prevenirme contra una irreparable sorpresa: vuestra justicia me advierte que ella vendrá bien pronto, á pedirme una vida que solo se me habia prestado por algunos instantes.

El árbol se queda donde cae. El amor que nos domine en el útimo momento, nos dominará siempre. Una eternidad entera depende de este último momento. Este es el que nos pone en el seno de las delicias, ó el que nos arroja de un golpe en el abismo de todos los males. Momento desicivo y que no ha de volver. Momento fatal para aquellos que ha sorprendido. Momento dichoso, para los que halla preparados. ¿Arresgarémos á sangre fria una tan terrible alternativa?

Perparémonos; el tiempo precisa; la muerte se avanza: vamos delante de ella; prevengámosla por una santa circunspeccion; procurémonos por medio de las buenas obras, protectores que nos reciban en los tabernáculos eternos: [Luc. 16] marchemos cuando el dia nos alumbra; una sombria noche, va bien



pronto á envolvernos. ¿Seria prudente surtir nuestras lámparas, cuando el Esposo toque á la puerta?

¡Divino Salvador! las tiernas inquietudes de vuestro amor sobre la suerte que me espera, me enseñan las precauciones que debo tomar para evitar vuestro vigor. Vos habeis dividido la noche en varias partes, en cada una de las qne me anunciais que podeis venir; haced que no halla una en que no esté dispuesto á presentarme delante de Vos. Haced que me considere con vuestro apostol, como una víctima que habiendo recibido la aspersion, está pronta á ser inmolada.

## ARTÍCULO XCVIII.

*La abundancia y el lujo conducen á una eterna desdicha.*

Recordare quia recepisti bona in vita tua.
Acuerdate que recibiste tu bienes en tu vida.—Luc. c. 16.

UNA vida de abundancia y de lujo, es un

título de reprobacion! Por haber recibido grandes bienes y haber gustado todas sus dulzuras, el rico voluptuoso se halla condenado á los mas espantosos tormentos.

Miserable posesion, funesto amor, sagrílega hambre de riquezas, en ¿eso venis á parar?

A las delicias de una mesa suntuosa y delicada, sucederá para siempre una sed y hambre espantosa; á las risas y á los juegos, llanto y crugir de dientes; á la púrpura y al lino, un vestido de sangre y de fuego. ¡Oh cielo! ¡qué cambio tan fatal, que triste paralelo! No nos cansemos de presentarlo á nuestras miradas, confusas y admiradas. Presentémosle sin cesar á nuestro corazon, á este corazou tan ávido de bienes, de gloria y de placeres; á este corazon tan apasionado por las frívolas diversiones.

¿Qué cosa hay mas capaz de inspirarnos horror, que oir rezonar en los oidos de nuestra fé, los acentos espantosos de estas infortunadas vicitimas de una miserable abundancia, que la cólera del Señor parece que habia engalanado y coronado de flores en es-



te mundo, solo para inmolarlas en el otro á su justicia y furor? ¡Odiosa prosperidad, esclaman ellas, crueles favores! vosotros sois los que haceis ahora nuestra desesperacion. ¡Ah! nuestra felicidad no ha sido mas de un sueño; nosotros soportarémos durante una espantosa eternidad, todo el peso y toda la realidad de nuestra desdicha. ¿Acá es donde nuestra opulencia nos ha conducido? !Ah! por algunos momentos pasados en el corto acceso de una alegria mezclada de inquietudes, ¡ser entregados á una tristeza y suplicios sin fin! ¡Qué espantosa caida! ¡que suerte tan horrible!

¡Gran Dios! pues que este es el destino de los felices y ricos del siglo, yo no envidio su felicidad. Yo renuncio desde este momento á las tristes ventajas de una fortuna perecedera. Yo no quiero bienes que llevan á tan gran dicha. Yo me alegraré en lo sucesivo con ser del número de los que lloran. Mi mayor consuelo en este mundo será el no ser consolado. Quitadme Señor, por tu misericordia, todos estos bienes que yo he vis-

to hasta aquí como un don de vuestra bondad, y que lo son algunas veces de vuestra cólera. Despojadme de todo. Estrangero en este mundo, sin establecimiento y sin posesiones; nada me impedirá el caminar continuamente hácia mi verdadera patria; nada me detendrá en el camino.

Que deje volvuntariamente una vida dura y penosa, una vida cuyos lazos están rotos, para ir á reposar en el seno de Abrahan, en las dulzuras y arrebatos de un amor sin fin y sin límites.

## ARTÍCULO XCIX.

*Aquel que viola la pureza de su cuerpo comete un sacrilegio.*

Corpora vestra membra sunt Cristi. Vuestros cuerpos son miembros de Jesucristo.—S. Pab. c. 9.

Nosotros no podemos dudar cuan grande, cuan glorioso sea para nosotros este privilegio. Si, el hombre por la Encarna-



cion del Verbo, y por su union con él, se ha hecho una porcion de la Divinidad. Nada humano puede convenirle. Despues de una accion tan augusta, todo lo que es inferior á Dios le envilece. Llamado á su posesíon eterna; admitido á la mesa de Jesucristo, él se hace la carne de su carne y el hueso de sus huesos, en el mas verdadero sentido. ¡Qué circunspeccion, que deberes no le impone una union tan íntima! ¿y qué hará para llenar la estension de una alianza tan estrecha?

¡Oh Dios inefable! ¡oh Dios tres veces santo! Vos que habeis encontrado manchas en vuestros mismos ángeles; Vos á quien los Querubines tan puros, no se aprocsiman sino temblando y cubriéndose con sus álas, ¡Oh Dios! ¿con qué indignacion vereis una alma adúltera, que no teme violar á vuestra vista la santidad de su cuerpo, y la fé sagrada de sus juramentos? ¡Oh Dios hecho hombre! ¡con qué dolor os vereis unido á esta alma infiel, que se atreve á hollar á sus piés vuestra sangre, y que re-

nuncia esta alianza tan tierna, cuyos lazos vuestro amor queria con tanta bondad estrechar por mil beneficios!

Hombres carnales que seguis todos los movimientos de una infame coucupiscencia, comprended en fin, comprended cual es la negrura de vuestro atentado. La liberalidad de vuestro Dios queria hacer de vosotros un vaso de eleccion y de honor; vuestra corrupcion os hace vasos de oprobio y de ignominia. Sí, indignos mortales, sea cual fuere el nombre especioso que una deplorable ceguedad quiera dar á este ecsecrable vicio, el horror con que debe mirarse no se puede concebir.

¿Qué crimen mas espantoso, qne sacrilegio mas horrible que profanar el cuerpo de Jesucristo?

¡Oh dolor! ¡oh impiedad! ¡Oh desvergüenza mas que cínica! ¿Cómo, esclama el Señor justamente irritado, (Isai. 44.) cómo habeis podido hacerme servir á mí mismo, á vuestra iniquidad y malicia? Desgraciado,



¿con qué cara os atreveis á ultrajarme, en lo mas inviolable de mis derechos, en lo mas querido y esencial de mis atributos? ¿Qué suplicios serán bastantes á mi justo furor? Vosotros no habeis temido revolcar esta imágen de perfeccion bajo la cual me he ofrecido á vuestros ojos: ¿qué digo? vosotros la habeis desfigurado vergonzosamente, la habeis despedazado con la última desvergüenza. Mis rayos habrian debido aniquilaros al instante. Mi paciencia ha aumentado vuestra audacia: mi venganza será mas terrible. Yo hago irrevocable juramento: yo derramaré espesas tinieblas al rededor de vosotros: y no vereis vuestra vergüenza. Las cadenas de un fatal hábito os ligarán por todas partes; y quedareis sepultados en el lodo de vuestras afecciones criminales, y llevareis en fin vuestras llamas impuras hasta mezclarlas con los fuegos de la eternidad.

¡Gran Dios! esta espantosa amenaza, esta amenaza tan terrible, cuyos funestos efectos, testifica demasiado la esperiencia, ¿no hará

entrar en sí mismos á estos insensatos mortales, que por satisfacer su pasion se esponen todos los dias á tan horribles castigos? Castigad Señor, herid, quemad; pero que sea en los dias de vuestra misericordia. Haced lucir á nuestros ojos los rayos de vuestra cólera. Tocad las montañas de iniquidad y ellas serán conmovidas, vomitando un negro vapor, imágen natural de un corazon que siente su corrupcion y que la arroja. Ordenad que un nuevo diluvio, inunde la faz del universo; que las lágrimas mas amargas laven, purifiquen y borren para siempre, todo lo que puede ofender vuestra santidad.

## ARTÍCULO C.

### *De la virginidad.*

Virgines enim sunt, et sequuntur Agnum quocumque ierit—S. Juan.
Porque son vírgenes, y siguen al Cordero á donde quiera que vaya.

VÍRGENES de Jesucristo, ¡cuán dulce es



vuestra suerte! Prendado justamente de vuestra dicha, me atrevo á celebrarla; sostened mis débiles esfuerzos. Y vosotros hombres entregados á los sentidos, alejaos; vuestras miradas profanarian este elogio, no hecho sino para oidos castos. Solo á vosotras le consagro, vírgenes de Jesus. Yo repito todavia, ¡cuán dulce es vuestra suerte! ¡cuán gloriosa!

En un cuerpo fragil y mortal, vosotras triunfais de las leyes de la naturaleza. Vosotras os elevais por un noble vuelo, sobre la humanidad, de esta region infectada, donde la carne estiende sus vapores y forma sus tempestades; vosotras participais ya la feliz condicion de los espíritus; vuestra pureza os iguala á ellos; y si esta virtud les es mas natural, ella es en vosotras mas generosa.

La tierra y sus mas dulces placeres, el mundo y todo lo mas brillante que tiene, no pueden ofreceros mas de atractivos engañosos y lazos groseros: un himeneo perecedero no era digno de vuestros votos. Santamente zelosas de vuestra gloria, habeis despreciado una vil álianza, y escogido un Es-

poso en el cielo; habeis sabido cambiar, una pesada cadena por una corona inmortal.

El Hijo eterno del Altisimo, sensible á vuestro amor, os ha dado su fé y recibído la vuestra; los nudos sagrados que os atan en lo sucesivo á él solo, son tan indisolubles como queridos; vosotras podeis unir vuestra voz á los celestiales conciertos de las nupcias del Cordero; vosotras sereis bien pronto arrebatadas, y en calidad de sus esposas, le seguireis por todas partes; contemplareis en todo tiempo sus encantos; él os prodigará todos sus favores; él se mostrará en toda su gloria á vuestros ojos deslumbrados con su fulgor. Esperando este feliz dia, vuestros deseos le buscan por tadas partes, y vuestro corazon le encuentra, ya en el Tabor ya en el Calvario; aquí objeto de vuestros dolores; allá abjeto de vuestras complacencias. Dulzuras, rigores, todo agrada en este divino amante. Si el parece alguna vez rehusarse á vuestros trasportes, es para ecsitaros aun mas. El os espera sobre todo al pié de sus altares; allí es donde os invita á este delicioso festin, en que bajo un velo oscuro, pero bajo una prenda llena de amor, él se dá á vosotras en toda su gloria. Allí os nutre con su propia sustancia, y agota vuestra sed haciéndose vuestra bebida: allí vuestro corazon se mezcla con el suyo, y su alma toda entera se derrama en la vuestra; alli reposa entre los lirios y se complace en colmar las almas fieles de un torrente de consuelos.



Amantes del Señor, conoced todos vuestros derechos; amad la dicha de vuestro destino: pero para conservar ventajas tan preciosas, conoced tambien vuestros deberes. Qué vuestras miradas estén sin cesar dirigidas hácia el celestial Esposo á quien os habeis dado. Recordad á cada momento, que vuestro corazon es su altar querido, y vuestro cuerpo su templo. Cerrad la entrada á todo otro objeto. Un incienso estraño ensuciaria este templo: un soplo un poco profano, empañaria el oro puro que allí brilla. Un austero pudor debe siempre velar á la puerta; el fuego sagrado debe ser mantenído allí con cuidado; mil víctimas

tiernas deben, ahí ser inmoladas; vuestros sentidos, vuestras pasiones, el mundo y sus placeres, el siglo con sus pompas, deben ser la materia del sacrificio, y el amor en fin debe consumar el holocausto.

Lejos de aplaudiros de una vana hermosura, miradla como un don peligroso, ó como un prestigio engañoso; haceos un crimen de vuestros atractivos; castigad vuestros ojos anegándolos en lágrimas. Que la virtud sea vuestro solo ornato; que la mortificacion haga vuestras delicias; la pureza es hija de la templanza y de la austeridad; es una tierna rosa que brilla entre las espinas.

Evitad todos los discursos ociosos; buscad la soledad. Allí es donde agradais á vuestro amado; solo allí habla al corazon de sus amantes y donde será todo de vosotras, como lo sois de él.

Que él sea en fin, en todo tiempo, en todo lugar, el objeto de vuestros cuidados y pensamientos; las horas se pasan rápidamente, y los dias son muy cortos cuando se a-



ma; que él os ocupe aun durante la noche y en vuestro sueño, á ejemplo del misterioso Esposo de los cánticos. Que él esté siempre cerca de vos; en vuestra comida no gusteis sino de él solo en los manjares que usáreis; ni veais otra cosa que su mano en todos los bienes de que goceís.

Corred con ardor en el camino de todos sus preceptos; que la funesta suerte de las vírgenes necias, instruya vuestra vigilancia; que la tarde de la muerte os encuentre preparadas. Id con una santa impaciencia delante del Esposo; el amor cuenta todos los momentos: escuchadle con una tierna emocion y disponeos á abrirle cuando toque á la puerta. ¿Que digo? no es bastante; volad, precipitaos en sus brazos para no separaros jamas.